Lo que el escritor chileno por caridad patria llama efecto del espejismo, el lector comprenderá perfectamente, no era mas que efecto del pánico que se habia apoderado de todo el ejército chileno, oficiales y soldados, al simple anuncio de que Daza se apróximaba: por otra parte, el escritor chileno y los telégramas oficiales que copia, hablan tambien de descargas de fusilería, y todos saben que el espejismo, ilusion óptica tan rara como sencilla, no tiene nada que hacer con el sentido del oído. Como al niño atemorizado por los cuentos de la nodriza hace ver el diablo en el cuarto y hasta sentir sus pasos, la imaginacion, excitada ardientemente por el miedo, no hacía ver y sentir á los chilenos, mas que Daza y sus *Colorados*, con sus famosas descargas de mosquetería, en cada grano de polvo que el viento levantaba en el desierto, y en cada rumor aun el mas ligero que rompia el sepulcral silencio de sus monótonas é interminables soledades. No se pensaba mas que en Daza, no se vivia mas que bajo la influencia del miedo que él y sus famosos batallones de Colorados les infundian, y parecia verlos y sentirlos continuamente allí cerca (1). Quizás lo que hacía á Daza mas temible en aquellos momentos, era la sospecha de que verdaderamente tuviese intenciones de batirse con ellos, y que en su consecuencia hubieran de luchar con un enemigo mas con el cual no se contaba ya, si fuese cierto, como generalmente se cree, que los chilenos estuviesen completamente seguros de una *retirada* por parte de Daza, desde mucho tiempo ántes de efectuar su desembarco en Pisagua (2).

(1) « La division de Tacna (es decir, el pequeño ejército de Daza) era la que mas intensamente preocupaba á los chilenos. »
V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 817.

(2) Que Daza salío de Arica para Camarones, con el plan ya preconcebido de volver atras, sin batirse con el enemigo, lo probaria tambien el haber rehusado una seccion de artillería peruana que le habia ofrecido el General Prado en Arica. (Vease V. M., *Obra cit.*, t. II, pag. 820).

Sea como quiera, Daza, tanto por el prestigio que gozaba, cuanto por las tropas que tenia á sus órdenes, era una fuerza formidable; y su retirada fué un verdadero desastre para las dos Repúblicas aliadas.

Pero hé aquí, que en la noche del 17 al 18, mientras por una parte cesaba todo temor de verse asaltados por Daza, *quizás por noticias oportunamente recibidas*, llega por la otra á los chilenos la noticia, de que se aproximaba el ejército perú-boliviano de Iquique; y decidieron esperarlo en Santa Catalina (localidad situada á una legua próximamente del cuartel general de Dolores), como consta por los siguientes telégramas del Jefe del Estado Mayor chileno, Sotomayor:

« Dolores, Noviembre 18, á las 7 p. m. – Al General en Jefe, Hospicio. El Capitan Barahona que estaba de avanzada en *Agua Santa* anuncia presencia del enemigo en esa localidad. Esta noche hago salir el 4° de linea á Santa Catalina, lugar conveniente para esperarlos, y seguiré preparando la tropa para conducirla. – *Sotomayor.* »

« Al General en Jefe, Hospicio – 18 Noviembre, á las 12 y 40 de la noche. – El enemigo lo tenemos encima. Marcho con mis tropas á *Santa Catalina* – *Sotomayor.* » Y así otros muchos (1).

Este plan sin embargo, era sumamente equivocado por parte de los chilenos. Ademas de que la posicion de *Santa Catalina*,

(1) « Entre tanto, y cuando el vehemente Coronel Sotomayor impartia órden terminante de avanzar hacia *Santa Catalina* con su regimiento, sordo murmullo de reprobacion cundió entre los jefes que rodeaban al hombre que en ese momento tenia en sus manos los destinos de Chile.... Ibamos á atacar haciendo un movimiento agresivo, dislocado y profundamente debilitado por la marcha y la dispersion de las tropas en las cinco leguas completamente abiertas y empampadas que corren por los rieles desde *Jazpampa* hasta *Santa Catalina.* »
V. MACKENNA, t. II, pag. 870 á 872.

en abierta llanura, no ofrecia por sí misma ninguna ventaja de resistencia, al ejército chileno, anteriormente diseminado al otro lado de Dolores, hasta *Jazpampa*, hubiera faltado el tiempo necesario para podersè concentrar comodamente; y el enemigo lo habria encontrado en marcha, por fracciones, en una extension de varias millas.

Pero hé aqui, que apénas una hora despues del último de los telégramas que hemos copiado, en los cuales el Jefe del Estado Mayor del ejército chileno anunciaba su salida para *Santa Catalina*, es decir hácia las 2 de la mañana del 19, un peloton de caballería chilena condujo ante dicho Jefe, que se hallaba todavia en Dolores con sus tropas, diez mulateros que habian llegado una hora ántes á Santa Catalina, con una larga récua de mulos cargados de ódres llenos de agua. Eran mulateros del ejército perú-boliviano, los cuales refirieron que, perdido de vista su ejército en la oscuridad de la noche, habian continuado tranquilamente su viaje hácia *Santa Catalina*, donde aquel se dirigia, y donde creian que se encontrase ya cuando ellos llegaron: así es que fué con la mayor sorpresa que se apercibieron, al entrar en las oficina de *Santa Catalina*, que se encontraban entre los chilenos, en vez de entre los suyos, como en un principio habian creido (1).

El Estado Mayor chileno comprendió entónces cuan errado era su plan de presentar batalla en *Santa Catalina*, y lo que es mas, la imposibilidad de llevarlo á cabo. El ejército de los aliados podia, y hasta debia llegar de un momento á otro á la oficina de *Santa Catalina*; y despues de haber derrotado la

(1) « En realidad solo por estos milagrosos arrieros vino á saberse que el enemigo estaba á tiro de rifle de nuestras avanzadas, a *dos* kilómetros de Santa Catalina. »

V. MACKENNA, t. II, pag. 882.

division chilena de 2000 hombres que ya se encontraba alli, hubiera hecho lo mismo con todas las demas, á medida que hubieran ido llegando. Segun lo referido por los mulateros, el ejército de los aliados habria debido llegar, ó antes, ó contemporáneamente con ellos á *Santa Catalina;* de modo que ellos juzgaban que se hubiese extraviado durante la noche, lo que luego se vió ser cierto, y que esta sola circunstancia podia haberlo detenido en el camino.

La division chilena de 2000 hombres que se encontraba en Santa Catalina, habia corrido, de consiguiente, el grave peligro de verse atacada, cuando ménos se lo esperaba, por todo el ejército perú-boliviano, fuerte de 8500 hombres; peligro del cual solo la salvára la mera casualidad, de haberse éste extraviado dos veces consecutivas en la oscuridad de la noche, como luego fué perfectamente constatado; y ciertamente, sin esta casualidad, tan fatal para las Repúblicas aliadas, cuanto salvadora para Chile, el ejército de este último hubiera sido inevitablemente derrotado, segun hubiese ido llegando, despues de la segura derrota de la division que alli se encontraba. Por otra parte, esto hubiera sucedido igualmente el 19, á pesar del doble extravio sufrido por los aliados, si el ejército chileno hubiese mantenido su plan por algunas horas mas, hasta la salida del sol, que fué cuando aquellos llegaron á Santa Catalina: é indudablemente, asi y no de otra manera hubieran pasado tambien las cosas, sin la llegada casual de los mulateros, que con su presencia y sus revelaciones hicieron comprender al Estado Mayor el grave peligro que habia corrido y que corria todavia, sino cambiaba inmediatamente su plan de batalla.

Así se hizo en efecto. En vez de seguir el plan primitivo, de adelantarse contra el ejército aliado hasta Santa Catalina, el Estado Mayor chileno resolvió á toda prisa permanecer á la defensiva alli donde se encontraba con su cuartel general, es decir

en Dolores; y despues de ordenar solicitamente á las tropas que habian salido de Jazpampa y otros lugares hácia *Santa Catalina*, así como tambien á la division que ya se encontraba en este último punto, de concentrarse inmediatamente en el cuartel general de Dolores, advirtió al General en Jefe el cambio sucedido en el plan de campaña, con el siguiente telégrama:

« Campamento de Dolores, Noviembre 19, á las 2 y 25 de la mañana – He resuelto formar nuestra linea sobre las alturas de Dolores y defender este punto. – *Sotomayor.* »

« A esas horas (dice el historiador chileno Vicuña Mackenna) el ejército de Chile, perdido á la media noche, estaba salvado por la rapidez de la concentracion.... La mitad del ejército invasor reconcentrado en el cerro de *San Francisco* en la mañana del 19 de Noviembre, fuerte de *seis mil hombres* con treinta y dos piezas de artilleria, se aprontaba mas que para sangrienta batalla, para brillante y animada fiesta de victoria (1). »

El cerro de *San Francisco*, del cual habla el historiador chileno, era precisamente el centro de aquellas *alturas de Dolores*, á las cuales se referia el Jefe del Estado Mayor en su telégrama al General en Jefe. Para conocer la estructura de este cerro de *San Francisco*, y toda la importancia que podia y debia tener para un ejército que se encastillaba en él, á la defensiva, no tenemos mas que recurrir á la elegante pluma del escritor chileno varias veces citado (2).

« Junto á Dolores empínase sobre la llanura, de una manera mas abrupta que pintoresca, una cerrillada.... Su elevacion

(1) V. M., *Obra cit.*, t. II, pag. 885 y 886.

(2) Una vez que los historiadores chilenos ponen todo su empeño en realzar mucho mas allá de sus límites, algunos hechos de armas militarmente poco importantes, nos aprovechamos *ex profeso* de la *ingenuidad* de su narracion, para dar á las cosas su verdadero valor. – Que no escape esto al atento lector.

màxima es de 800 pies: pero su acceso es fácil en todas direcciones, y en su cima ostenta una blanda planicie, en parte, de mas de doscientos metros de ámbito y cerca de una legua de longitud.... Era aquella por consiguiente, una admirable posicion estratéjica, porque dominaba la ruta de Jazpampa y defendia á la vez los rieles, la aguada, la llanura, y sobre todo la retirada. En la cima del cerro de San Francisco, que este nombre mas comunmente lleva, podia no solo caber sino maniobrar con cierto desahogo un ejército de diez mil hombres, y extenderse en linea perfilando sus laderas, sea al sur, sea al norte, en todas las emerjencias. Hallase minada toda la falda de aquella áspera colina solitaria y aislada, por una verdadera orla de calichales explotados, que son pozos, á manera de canteras, con galerias y hendiduras que hacen intransitable la mayor parte de los pasos que á la cima conducen. Son estas, por lo mismo, posiciones excelentes para agrupar en sus cavidades guerrillas y diestros tiradores, que se baten como dentro de invisibles trincheras.... Por el frente de tal posicion, en sí misma inexpugnable, dilátase una suave llanura.... La ocupacion militar de aquel cerro y sus alrededores, equivalia por consiguiente, como defensa, á una verdadera fortaleza á la cual no faltaban ni bastiones, ni fosos, ni almenas (1). »

Fué pues sobre esta formidable fortaleza natural que el ejército chileno se atrincheró á última hora, cuando la necesidad lo obligó á abandonar el plan primitivo que hubiera sido su ruina. Y fué tambien contra semejante fortaleza, defendida por *seis mil* hombres y por 32 cañones y ametralladoras de los últimos y mejores sistemas, que vino á estrellarse el ejército aliado perú-boliviano, casi con el único objeto, puede decirse, de encontrar un pretexto para romper su unidad de cuerpo, tan dificilmente man-

(1) V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 870 á 877.

tenida en medio á las fatigas de una marcha desastrosa, á la constante escasez de agua y de víveres, y á la discordia que desde largo tiempo reinaba entre los diversos jefes del mismo y que una noticia fatal debia hacer estallar violentamente.

Cedemos la palabra al escritor chileno.

« El ejército de los aliados se extravió dos veces en la noche del 18 al 19.... Al fin la claridad del dia trajo á las diseminadas columnas alguna cohesion, y al subir éstas en pintorescos grupos las colinas medanosas de Chinquiquiray situadas á poco mas de una legua al sudoeste del cerro de San Francisco, divisaron la cumbre de éste sembrada de bayonetas, y los soldados prorrumpieron en alegres vivas, porque para ellos la batalla era el descanso. ¡Tan fatigados venian!... Cuando los aliados llegaron á los lomajes de Chinquiquiray y tuvieron á la vista el fuerte campo de los chilenos en la alta colina de San Francisco, detuvieronse como para librar el asalto. Pero venian acosados por el sueño, el hambre y la sed, estos tres aliados de la derrota, y entónces sus jefes resolvieron á toda costa darles de beber ántes de pelear. Antes y con la primera luz ocuparon á Santa Catalina, cuyo suelo estaba todavia caliente con el sueño de los nuestros.... A las 7 de la mañana, una vez saciada la sed, comenzaron los aliados á tender su linea de batalla como si estuvieran en una revista.... Era evidente que los aliados intentaban tomarse á viva fuerza la aguada de Dolores, para sitiar á los del cerro por la sed.... Con este fin agrupaban sus mejores tropas en su extrema derecha y colocaron diez piezas de montaña, la mitad de su artilleria, junto á los desmontes de la oficina ya nombrada. Desde allí dominaban la linea férrea que era el nervio y el paso del combate.... Y es de notar aqui una circunstancia moral de grave trascendencia *destinada á jugar en la batalla un rol decisivo, superior al del cañon.* Era aquella, la de que el destino habia agrupado en esa ala del ejército aliado á todos

los descontentos y perturbadores que traian, escondido en su pecho, agrio y desembozado pique contra el coronel Suarez (*Jefe del Estado Mayor*) alma y ojos del ejército.... La laboriosa y bien dispuesta linea de los aliados quedó formada totalmente hácia las nueve del dia, y entónces, como los chilenos en las alturas, sus 19 batallones (*que formaban un total de 8500 hombres*) formaron pabellones en el llano. Un silencio profundo reinó desde ese instante.... Pero si en tan supremo momento hubiera sido dable levantar el cobertor de carne de los corazones, habriase notado que el ejército aliado estaba de hecho vencido ántes de luchar.... Era una fatal noticia circulada en voz baja de fila en fila, la que acababa de postrar los ánimos, y dejaba caer los brazos de aquella sufrida hueste. Alguien habria traido (*Quien? Como?*) en aquella hora de la formacion en linea de descanso, la nueva de la fuga de Daza desde Camarones, tres dias ántes... Desde ese instante esclama el Doctor Cabrera (*boliviano*) abrigué el convencimiento de que el ejército aliado estaba vencido... En esta actitud y bajo tan malos augurios conferenciaron en el cuartel general á las dos de la tarde Suarez y Buendia, y acordaron posponer la batalla para la alborada del siguiente dia. Era tarde. La tropa estaba cansada.... (1). »

Durante todo este tiempo, el ejército chileno permaneció inmóvil sobre la cima del alto y casi inaccesible cerro de *San Francisco*, que dominaba, á tiro de fusil, el campo de los aliados puesto á sus pies en la llanura.

El ejército chileno, que desde la aparicion del enemigo en las primeras horas de la mañana, hubiera podido empeñar la batalla en las mejores condiciones imaginables, permaneció por el

(1) V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 890 á 911.

contrario en la mas absoluta defensiva; y no por razones estratéjicas; puesto que sin abandonar en modo alguno su plan de defensa, y precisamente para atenerse fielmente á él, habria debido molestar al enemigo con su poderosa artilleria por lo ménos, cuando aquél formaba tranquilamente su linea de batalla, apénas á tiro de fusil, y tomaba sin encontrar la menor oposicion, tanto el agua, como una posicion importante sobre la via férrea, que era el único camino de retirada para los chilenos en caso de una derrota.

Los chilenos asistieron pacientemente á todas las maniobras del ejército enemigo, y no empeñaron una batalla que, atendiendo á sus ventajosas posiciones no podia dejar de ser favorable para ellos, porque creian no encontrarse en número suficiente para batirse con él, y porque temian que aquél, despues de derrotarlos, se adelantára hasta Pisagua y se apoderase de esta localidad. Su plan era ganar el mayor tiempo posible, para esperar los refuerzos que se habian pedido al cuartel general de Pisagua, ó sea del *alto del Hospicio;* refuerzos que habiendo salido por la mañana de dicho punto, habian llegado en número de 3500 hombres á Jazpampa, á las órdenes del General en Jefe, á las 2 de la tarde. Todo esto se desprende evidentemente del siguiente telégrama, que á las 3 y 25 de la tarde enviaba el Jefe del Estado Mayor al General en Jefe que, como hemos dicho, se encontraba ya en Jazpampa.

« Horas 3 y 25 minutos de la tarde. – Al enemigo es preciso darle batalla con fuerzas superiores, y como creo no las tenemos, me parece indispensable vengan á ésta las que le he dicho, á fin de evitar que nos burlen y nos tomen el alto del Hospicio. » Este telégrama no acaba aqui. Mientras el hilo eléctrico referia en Jazpampa la última de dichas palabras, el Jefe del Estado Mayor que se encontraba en la estacion telegráfica de Dolores, oyó repetidos disparos de cañon y de mosqueteria; y

terminó su telégrama en estos términos: « En este momento se baten, y voy á ver el fuego. – *Sotomayor* (1). »

Efectivamente, la batalla comenzaba en aquel momento, á las 3 y 25 de la tarde, no obstante la ausencia del Jefe del Estado Mayor, á cuyas órdenes se encontraba el ejército chileno de Dolores, Sotomayor; el cual, plenamente convencido de que la batalla no habria tenido lugar aquel dia, próximo ya á su fin, se encontraba sin sospecha alguna en la estacion telegráfica de Dolores, situada en la base del cerro de San Francisco.

Ahora bien, si el ejército perú-boliviano, como hemos visto, habia decidido no presentar batalla hasta el dia siguiente, asi como el chileno por su parte habia resuelto no tomar la ofensiva hasta que no le llegáran los refuerzos pedidos, ¿como y de que manera sucedió que principiára el fuego tan inesperadamente en las últimas horas del dia 19?

El primer movimiento ofensivo partió del ejército perú-boliviano; y sobre este particular dice el escritor chileno, al que hemos recurrido y recurriremos todavia tantas veces: « ¿Qué habia sucedido en el campo de los aliados? Hé aqui un misterio, cuyo velo nadie ha levantado todavia lo suficiente, para que la luz de eterna verdad ilumine los sucesos y los explique. Segun unos, fué un plan de los bolivianos hostiles á Daza, para comprometer intempestivamente la batalla y tener así pretexto para desagregarse y regresar dispersos á la altiplanicie (*á Bolivia*).... Segun otros fueron los jefes adversarios del coronel *Suarez*, los que, sin su noticia, y cuando estaba aquél detenido en la extrema izquierda de la linea (*el ataque partió del ala derecha*) haciendo retirar los cuerpos, mandaron empeñar el combate. De todos modos, es lo cierto que en el ala derecha estaban agrupados,

(1) Vease: V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 915.

como ántes djimos, los mas implacables enemigos de Suarez y de Daza (1). »

Escuchemos ahora lo que dice el coronel Suarez, Jefe del Estado Mayor del ejército perú-boliviano, en su parte oficial sobre la batalla del 19 de Noviembre, al General en Jefe Buendia:

« Al amanacer del dia 19 avistamos los parapetos de San Francisco, artillados y defendidos por lo mejor, sin duda, de las tropas enemigas, que habian hecho de ellos el centro de sus operaciones sobre las oficinas (*salitreras*) y la linea férrea. Consultando con US. las condiciones de nuestra fuerza, convenimos en estudiar la intencion y posicion de los enemigos, avanzando algunas divisiones y estableciendo la línea hasta dejar dentro de ella el agua, lo que conseguimos á poca costa, posesionandonos convenientemente y en situacion de tomar con seguridad y calma las medidas mas apropiadas, á medida que se desarrolláran los acontecimientos. Este movimiento, ejecutado con una precision y un órden admirables, puso de nuestra parte todas las ventajas, porque habiamos logrado elejir nuestro campamento y la libertad de accion que permite adoptar y seguir un plan. En ese estado ordenó US. que se le enviáran una division de infantería, un regimiento de caballería y seis piezas de artillería, para unirlas á la division de exploracion y á la primera brigada de la primera division del ejército aliado (*de Bolivia*); y que el que suscribe, con el cuerpo de ejército que quedaba á sus órdenes, atacara la posicion por el flanco izquierdo, mientras lo verificaba US. por la derecha. Posteriormente, y á instancias mias, se resolvió emplear lo que quedaba de la tarde en dar á la tropa el alimento debido y descanso necesario, para emprender un ataque con todas la probabilidades de éxito (*en fatigosa y*

(1) V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 919.

continua marcha desde varios dias, los soldados estaban en ayunas desde el dia anterior, en el cual tuvieron apénas una mala y escasa racion); y el que suscribe comunicó esta determinacion á los Jefes superiores, y habló á la tropa que estaba á sus inmediatas órdenes. La jornada habia concluido por ese dia, y me retiraba á dirijir y presenciar el reparto de las raciones, cuando los primeros tiros del cañon enemigo y un vivísimo fuego de fusilería me obligaron á regresar á las posiciones avanzadas, en las cuales, *sin órden alguno*, se habia comprometido un verdadero combate. Las columnas ligeras de vanguardia organizadas en dias anteriores (*dos compañias peruanas* y *dos bolivianas*) escalaron el cerro fortificado, y no tardaron en seguirlas los cuerpos de la division *Vanguardia*, el batallon *Ayacucho* y algunas otras fuerzas de la division primera. Este ataque, visto solo como un esfuerzo del valor, honra é ilustra las armas nacionales. Tres veces ganaron nuestros valientes la altura, y desalojaron á los artilleros, apoderandose de las piezas bajo el fuego de los Krupps, de las ametralladoras y de una infantería muy superior, defendida por zanjas y parapetos (1).

(1) « El intrépido Salvo (*comandante de una batería chilena*) en medio de un verdadero diluvio de balas, habia hecho 143 disparos contra las columnas en avance; pero falto al fin de campo de tiro por el ángulo del cerro, veia acercarse á paso de trote á los guerrilleros del Zepita (*peruano*) y del Illimani (*boliviano*) que rivalizaban en ardor. Conducialos Espinar (*coronel peruano*), y desde á caballo iba impávidamente señalando con la espada á los soldados, los sitios, y hasta las personas á quienes debian tirar. Cayó en este momento el caballo del atrevido peruano (*Espinar*) atravesado por una bala de carabina; pero enjugandose el sudor del rostro continuó la repechada, gritando á los que le seguian: ¡á los cañones! ¡á los cañones! voces que en el fragor de la batalla oíanse distintamente. El momento era supremo, porque Salvo habia perdido la mitad de sus artilleros... hacía fuego con su revólver, y á gritos pedia que vinieran á sostener sus cañones con la infantería. Percibíanse en ese solemne instante de la